

ROMANCES SERRANOS

EL ENEMIGO

En una cima, muy alta,
di con un viejo, muy viejo,
con los cabellos muy blancos,
y con los ojos muy negros;

muy arrugado de rostro,
muy cejijunto de ceño;
campesino por el traje,
montaraz por el aspecto.

Era en mitad del verano,
tan galán y tan espléndido,
cuando en la cumbre, tan alta,
di con el viejo, tan viejo.

Asentado sobre peñas,
 reposaba sus alientos,
 agitados, repetidos,
 como soplos de los cierzos.

—¿Qué hacéis por aquí?— le dije.
 —¡Nada!—me repuso.—¡Espero!
 Y el aire tembló, de pronto;
 tembló con la voz del viejo.

—¿Amáis las cimas enhiestas?
 —¡Acatan siempre mi imperio!
 —¿Veláis en la cumbre, á solas?
 —¡A solas, y ha meses, velo!

—¿Cuidáis de rebaños blancos,
 de ovejas y de corderos?
 —Soy el pastor de las nieves
 que en la umbría se durmieron.

Velo también por mis hijos.
 —¿Por vuestros hijos?—Los vientos.
 En estos montes reposan,
 fatigados de sus vuelos.

—¿Por qué no volvéis al valle,
 con los hombres?—Hoy no puedo.
 ¿Quién velara por mis hijos?
 ¿Quién cuidara de mis reinos?

Cuando retorne Diciembre
 ya volveré de mi acuerdo;
 ¡ya pasará por los llanos!,
 ¡ya tornaré por los pueblos!

Temblaba el aire de Agosto,
 con temblores de misterio;
 temblaba, como asustado,
 con las palabras del viejo.

Los dos callamos. Reinaba
 sobre la cumbre el silencio.
 El sol ardiente bruñía
 las blancas peñas, á fuego.

—¡Quede con Dios, buen anciano!,
 dije, de pronto, con miedo,
 porque sentí, de repente,
 que me cortaba su aliento.

—¡Vaya con El!—me repuso;—
 ¡vaya en paz, buen caballero!
 ¡Ya pasará por los llanos!
 ¡Ya tornaré por los pueblos!

Sentí que su aliento frío
 me traspasaba, de nuevo,
 como soplo de ventisca,
 como ráfaga de cierzo.

Bajé con rápida marcha,
sin reparar en senderos;
como en alas del espanto,
como por tierras de ensueño.

Bajé con rápida marcha,
buscando el valle sereno;
tornando al calor, que es vida
en las almas y en los cuerpos.

Y allá se quedó, tan solo,
sobre su cumbre, el abuelo;
el de los ojos sombríos
y el de los albos cabellos;

á la vera de sus nieves,
y á la mira de sus vientos;
esperando y esperando
las mudanzas de los tiempos...

Allá se quedó en las cumbres,
taciturno y soñoliento;
señor de las rocas bravas,
huésped de los ventisqueros.

Y allá se quedara siempre,
sin que mudara de acuerdo,
sin que volviera á los llanos,
sin que tornara á los pueblos.

Allá se quedara siempre,
mi enemigo, torvo y terco;
el padre de las borrascas
y del Dolor: ¡el Invierno!

LA RISA DEL AGUA

Se cuenta que el agua ríe.
 Parece que es ilusión,
 y es verdad. El agua limpia,
 que en limpia fuente brotó;
 la que baja por el monte,
 llena de chispas de sol;
 saltando de mata en mata,
 brincando de flor en flor;
 ésta, que veis, del arroyo,
 tan jovial, tan juguetón,
 tan azul, tan blanco... ¡ríel;
 como el campo da su olor,
 como da su luz la estrella:
 por alto y celeste dón,
 por obra de Gracia Suma,
 por gracia del Sumo Dios!..

¡Qué sonoras, cuán alegres
 son sus risas! ¿Cómo no,
 si al surgir, momentos hace,
 con rápido borbotón,
 ¡como en una carcajada
 del manantial bienhechor!,
 desde el seno tenebroso
 de la tierra en que nació,
 vió la tierra toda flores,
 y el cielo todo esplendor?
 ¿Cómo no, si con sus alas
 el Céfito la rizó?
 ¿Cómo no, si el dulce soplo
 de un aroma embriagador
 sale á su encuentro...; si en tanto
 que baja y corre veloz,
 palpitante de alegría,
 temblorosa de emoción,
 las hierbas se van abriendo
 por su impulso y á su voz,
 y las pendientes se inclinan...
 para que corra mejor?

¡Qué mucho, que el agua pura,
 que en limpia fuente brotó,
 redimida de su encierro
 celebre su redención!

¡Qué mucho, que el agua nueva
corra con grato rumor!
¡Qué mucho, que cante y ría,
como quien nunca sufrió:
con la inocencia del niño
y el trinar del rui señor!

Agua del monte, risueña,
que el alto monte alumbró:
corre alegre, canta y ríe;
no interrumpas tu canción;
en tanto vas por el monte,
llena de chispas de sol,
saltando de mata en mata,
brincando de flor en flor;
en tu primera aventura;
con tu primera ilusión.

Ya en las charcas cenagosas,
charcas del suelo traidor,
aprenderás, con tristeza,
quién sus aguas enturbió.
Ya te enseñarán las rocas
los quebrantos del dolor.
Y cuando el sol te abandone,
porque es el sol girasol,
ya se apagarán tus risas,
á la vez que su esplendor...

Goza, por lo mismo, en tanto;
no interrumpas tu canción;
¡agua del monte que ríes!
¡agua bendita por Dios!
Goza, pues saltas del gozo;
canta, pues lates de amor;
corre, besada del aire;
brinca, dorada del sol;
¡en tu primera aventura,
¡con tu primera ilusión!

LOS ESPEJOS DE LAS MOZAS

¿Dónde va la buena moza?
 ¿Dónde va la moza buena,
 la zagala más zagala
 de los pueblos de la sierra?
 ¿Tan temprano para el monte?
 ¿Quién te llama? ¿Quién te espera?
 No será por el cuidado
 de tu vaca, «la Trigueña»;
 no será porque se aburran,
 descuidadas, tus ovejas.
 Ya las cuida bien tu hermano,
 con amor y diligencia;
 bien, con mimos, las regala,
 si castígalas con piedras;
 guapo mozo, gran figura
 sobre el filo de las breñas;

flor de jara, pastorcillo
 de catorce primaveras.

No me mires, si te enfado;
 pero escúchame, tontuela.
 ¿Dónde vas con esos aires,
 como alondra mañanera?
 ¿Dónde vas, que no me atiendes?
 ¿Dónde vas, con tanta priesa,
 como arroyo despeñado
 por el ansia que lo lleva?

Deja un punto que te mire,
 que te admire. Deja, ¡deja!,
 que me encanten tus encantos
 y me alegre tu presencia;
 que me hechicen tus hechizos,
 buena moza, moza buena.
 ¿Cuáles, dices? ¿Cuál encanto?
 ¿Cuál hechizo? ¿Cuál belleza?
 No me mires, si te enojo;
 pero escúchame siquiera.
 Ver me place de tu cuerpo
 la cumplida gentileza;
 ver me place tu apostura,
 por sencilla, noble y bella,
 que es favor á los sentidos

con que el alma se recrea;
 ver, del talle, la finura;
 ver, del busto, la opulencia;
 ver tu cuello de paloma,
 porque late cuando tiembla;
 ver tu cara, flor de flores,
 tan graciosa, tan morena;
 ver tu barba, tan menuda,
 y el lunar con que la alegras;
 ver tu boca, fresca fuente
 de tu risa, grata y fresca;
 ver tus labios,—¡no los frunzas!—
 ver tus dientes,—¡ya los muestras!—
 rojos labios, de granada;
 blancos dientes, nieve prieta;
 ver, al paso, tus cercillos
 de corales,—tus preseas;—
 ver tus ojos,—¡no los cierras,
 que anochece si los cierras!...;
 ver, en alto, como en andas,
 el tesoro de tus trenzas,
 por tus manos recogidas
 que las abren y las peinan,
 y en las ondas de sus rizos
 dos claveles que revientan...;
 que revientan orgullosos
 del favor que les hicieras:

¡porque van sobre tus rizos
rematando tu cabeza!...

Menos mal que ya me escuchas;
 menos mal que ya te esperas;
 menos mal que ya sonries,
 moza guapa, moza buena...
 Fuente rica, ¡no te escondas!
 Flor de flores, ¡no te muevas!
 Yo conozco,—no lo dudes,—
 la razón de tu impaciencia.
 Vas al monte muy temprano,
 por curiosa, por coqueta;
 pues en campos como en villas
 siempre sois así las hembras.
 Y allá lejos, sin compañía,
 te estarás como quien sueña,
 sin curar del raudo giro
 de las horas volanderas,
 á la orilla de un estanque
 donde beben tus ovejas,
 y que el agua de las cumbres
 ha formado sobre peñas;
 un estanque muy tendido,
 con un agua muy serena;
 gran espejo de las nubes,
 gran regalo de la Sierra.

Los espejos de tu casa
 ¡son tan breves! Cabe apenas
 en la luna del más ancho,
 reflejada, tu cabeza.
 Y en la luna del estanque
 por entero te reflejas;
 en sus ondas transparentes
 por entero te contemplas;
 donde nadie te descubre,
 donde á solas te embelesas;
 entre tanto que la brisa
 te perfuma de su esencia,
 y á la luz del sol de Agosto,
 luz dichosa, luz que tiembla,
 porque el agua la acaricia,
 ¡porque alumbra tu belleza!

No lo niegues, flor de flores,
 porque nadie te creyera.
 Ya lo has visto. Yo conozco
 la razón de tu impaciencia.
 Mas, por ello, no te enojas,
 no te acuses; no te duelas
 porque mires al desnudo
 sorprendidas tus flaquezas.
 Las flaquezas femeniles
 han perdón en mozas bellas.

Han derecho las mujeres,
 pues lo son, á ser coquetas.

¿Que es pecado tu capricho?
 ¡No lo digas! Exageras.
 Pero, en fin, por si lo fuere,
 te impondré la penitencia.
 ¿Por qué tratas á los mozos,
 que te buscan y cortejan,
 con desdenes tan huraños,
 con maldad tan manifiesta?
 ¿Qué te hicieron, pues les huyes?
 ¿Qué pretendes, pues los dejas?
 Cuál, se impone por lo bravo;
 cuál, te sirve como á Reina;
 cuál, domina sobre todos
 por los bienes de su hacienda.
 Pero todos son iguales
 para ti, pues los desdeñas.
 Cesen ya rigores tantos;
 cese, al fin, maldad tan negra,
 y en alguno ya te fija
 con quien vayas á la iglesia;
 que es dolor que el gran tesoro
 de tus gracias y tus prendas,
 como aroma que se pierde,
 no se guste, mal se pierda.

Tú verás, ¡verás entonces!,
cuál se calma tu impaciencia,
cuando al cabo te reflejen,
más que el agua, tan somera,
del estanque, los espejos
que merece tu belleza.

Los espejos de las mozas,
los de lunas más risueñas,
tienen luces que traspasan,
tienen lunas por parejas.
Cada moza los requiere,
cada moza los encuentra,
—¡pequeñísimos espejos
que las almas transparentan!—
en las niñas de los ojos
del galán á quien se entrega.

Dicen ellos puros bienes;
ellos brillan, ellos tiemblan
más que el agua del estanque
recogida por las peñas.
Ya verás, cuando los mires,
cuál te copian, cuál te alegran.
Frutos santos, porque el cielo
bondadoso los apresta,
—dulces hijos, nuevas flores,

que te apresten vida nueva,—
calmarán tu sed de afanes
con la miel de sus ternezas,
y si entonces ya no fueres,
—buena moza, moza buena,—
la zagala más garrida
de tus cumbres y laderas,
Dios, en cambio, te prodigue
sus favores, porque seas:
de tu casa, con su huerto
de manzanos, rica dueña;
del esposo que te adore,
la adorable compañera;
de tu pueblo, fina gala,
más que en oro, más que en perlas,
¡y la madre más dichosa...
de los pueblos de la sierra!